

etiquetas que hemos empleado, además de proponernos “cambiar de lugar” las dificultades: ¿por qué pensar, en todos los casos, que las dificultades “están” en algunas personas (o grupos de personas) y “no están” en las estrategias, metodologías y metas que les ofrece el sistema educativo? Seguro de que ya contamos con la experiencia y el conocimiento suficientes para proponer y construir, Echeita nos brinda elementos para que juntos transformemos nuestras formas de atender las singularidades, al presentarnos un nuevo paradigma: educación para la inclusión o educación sin exclusiones.

Para comprender el nuevo paradigma de educación inclusiva, nos plantea:

- La inclusión no como un lugar sino como una actitud y un valor.
- La inclusión no como un lema sino como forma de vida.
- La inclusión no como un resultado sino como un proceso de transformación profunda.
- La inclusión no como un recetario sino como un enfoque diferente para intentar resolver las dificultades que se presentan en las escuelas.
- La inclusión no como un modelo para reproducir sino como una propuesta en continua construcción.

Como experto y conocedor que es, el autor responde a las dudas que usualmente planteamos, y nos planteamos, los docentes y, sin minimizar la necesidad de recursos y capacitación, hace hincapié en la decisión, la experiencia, el conocimiento y la voluntad de éstos como una clave fundamental para que logremos construir escuelas inclusivas y colaboremos, a la vez que respondemos a las demandas sociales, con la formación de una sociedad mejor.

Finalmente, para contribuir a que el entusiasmo generado por la lectura no sólo quede en emoción y en verdad nos animemos a empezar, nos habla, si bien de manera general, de algunos otros proyectos que ya se llevan a cabo, y sus consideraciones, sus puntos de vista, sus instrumentos y sus logros; y de manera más puntual, de la “Guía para la evaluación y mejora de la educación inclusiva” (*Index for Inclusión*).

La ansiedad por el estatus. De Alain de Botton
Editorial Taurus, Madrid, 2004.

Andrés Peixoto



En la tarea de buscar libros que funcionen como herramientas educativas para jóvenes y adultos de nuestros días, puede resultar interesante darse una vuelta por las librerías, y buscar en los estantes donde se ubican los libros llamados de “autoayuda” y que, por lo general, están cercanos a la entrada, lo que hace suponer que son, de rápida “salida”.

Confieso que soy desconfiado y suelo despreciar estos libros, que prometen la felicidad en diez pasos o el éxito económico en tres días. La idea de cómo convertirse en millonario para el próximo viernes y sobre cómo lidiar con la baja autoestima, vende infelicidades, porque llega el sábado y uno no se volvió millonario...y la autoestima estará por los suelos. Sin embargo, la diligente consulta a esas secciones puede aparejar dos consecuencias positivas, al menos en mi experiencia: la primera es que permite hacerse una idea rauda sobre qué es lo que busca la mayoría de la gente, por dónde van sus ilusiones y a qué tipo de milagros le apuesta. La segunda es que no siempre los empleados de las librerías logran hacer una síntesis adecuada, para poder clasificar el material que les llega y uno se puede llevar una muy buena sorpresa al descubrir a algún autor, que por su estilo de escritura fue confundido y colocado allí.

Fue así como me topé con *La ansiedad por el estatus* de Alain de Botton (2004), ese escritor suizo que cursó estudios en Oxford y en la actualidad investiga en la Universidad de Londres.

Nada de recetas milagrosas para la autoayuda, ni psicológica ni económica ni melancólica. Y sí mucho de filosofía, de análisis social y reflexiones educativas entre líneas. Aunque el mismo Alain de Botton nos advierte que no le gusta la división que hay entre el mundo académico más elevado, que persigue el saber por el saber mismo, y el saber al servicio de la vida cotidiana. Él considera que hay algo de grandioso en la idea de que un libro que uno pueda leer, de alguna forma ayude para la vida. Ya nos lo había mostrado el autor cuando popularizó la visión de los grandes filósofos y las ideas complejas con libros como *Las consolaciones de la filosofía* y *Cómo Proust puede cambiar su vida*.

Gore Vidal puede resumir muy bien lo que Alain de Botton analiza en este libro, en una célebre frase: “cada vez que a un amigo le va bien, alguna cosita dentro de uno muere...”. Según el autor, la idea nació de una inquietud personal; si bien pudiera parecer difícil imaginarse a De Botton, quien se educó en los mejores colegios de Suiza, angustiándose por el éxito ajeno. Sin embargo, el autor afirma que tuvo que escribir sobre el tema para ayudarse a sí mismo. “Cuando uno elabora un problema que tiene y logra comprenderlo, éste tiende a disminuir” (La Nación, 2005).

Según De Botton, “escuchamos hablar del amor romántico todo el tiempo. Es lo que todos buscamos, lo que nos obsesiona. Pero también somos increíblemente sensibles a la atención que recibimos de otra gente, del jefe en el trabajo, de los colegas, de los amigos. Somos muy conscientes de la manera en que somos tratados y nos afecta si nos ignoran o no nos reconocen los méritos. Somos muy sensibles a este otro tipo de amor. Empero, nadie habla del tema, así que me pareció interesante sacarlo a la luz”.

Hay muchas similitudes entre el amor que uno puede querer de un jefe y el que uno puede querer de una o un amante, dejando la parte sexual de lado, claro está. Todo se reduce a algo muy simple: *el deseo de que nos traten bien*. El problema se debe a que en un momento todos tuvimos un estatus

muy alto: si uno mira cómo se trata a los bebés o a los niños pequeños, queda claro que parecen emperadores romanos. Alguien le trae su comida y si no le gusta, grita y la tira al suelo. Todos fuimos esos pequeños dictadores a los que la gente admira sólo por existir. Si a los 25 años uno sigue tirando la comida al suelo no impresiona favorablemente a nadie. Justamente, crecer significa ceder todo este amor y atención que se recibe automáticamente para pasar a recibirlo de la sociedad sólo como respuesta a los logros.

De Botton nos advierte a continuación sobre la meritocracia, la cual es buena en ciertas dosis, pero mala si se cree demasiado en ella. “Porque eso significa que uno está convencido de que los que están en el fondo de la sociedad merecen su fracaso y los que están arriba merecen su éxito.” Por eso, advierte el autor, la humanidad, si pretende ser generosa hacia todos los seres humanos, debería cultivar algún tipo de sospecha hacia aquellas personas encumbradas, sobre los méritos que los pusieron donde están: si el hombre que está barriendo las calles realmente merece hacerlo más que el millonario. En todo caso, deberíamos saber que una verdadera meritocracia nunca podrá existir. ¿Cómo lograr una sociedad que garantice que los buenos estén arriba y sólo los malos abajo? Es un sueño imposible y es importante, subraya el autor, recordar eso al juzgar a los demás.

Según Alain de Botton, la sociedad capitalista ha inventado una idea. No importa de dónde provenga uno, cómo luzca o quiénes sean sus padres, lo fundamental es que todo puede ser distinto si se tiene la voluntad para lograrlo. Es una idea que ciertamente seduce por su optimismo. Pero, al mismo tiempo, es una idea muy cruel, porque la mayor parte de nosotros no puede, por más que quisiera, transformar su vida. “Es muy peligrosa una sociedad que insiste en que todo puede ser distinto dependiendo de nosotros; causa enormes niveles de ansiedad y depresión.”

Pero este autor, aunque no aporta una solución a este problema que señala, nos recuerda las dos tradiciones occidentales que han abordado el asunto. Por un lado está la antigua Grecia, con su idea de que la vida humana es trágica y que todos, hasta los reyes y las reinas más poderosos, están

sujetos a fuerzas externas que no pueden controlar. Los dioses un día pueden decidir quitárselo todo, y nadie puede hacer nada al respecto. Por el otro, la tradición cristiana, según la cual el hombre es pecador e incapaz de llegar a la perfección. Cristo mismo puso hizo hincapié en el punto más significativo: que, fundamentalmente, todos somos iguales. Estas historias se han perdido en la edad moderna, que es básicamente tecnológica, muy optimista y dominada por la idea del cambio constante y la inmortalidad, por lo cual recuperarlas puede ser el comienzo de la solución. También el arte es fundamental, dado que puede desafiar lo que la sociedad considera que importa. Y hasta el humor siempre será un arma muy útil para atacar el alto estatus de los demás.

Finalmente De Botton no propone que haya que acabar con el estatus: “yo no creo que todos seamos igualmente valiosos. Creo que hay gente mejor que otra en distintas áreas, y hay gente que merece un alto estatus, o respeto de los demás, y otra no. Pero sí cuestiono cómo el estatus de una persona en la sociedad está determinado hoy en día”.¹

Es interesante el hecho de que, según este escritor suizo, los países, que no son más que sumas de personas, también tienen conflictos entre sí por problemas de estatus. “El conflicto árabe israelí no es tanto sobre tierra, agua y orden como sobre respeto. Son dos pueblos que sienten que su dignidad ha sido horriblemente aplastada por el

otro y no pueden perdonárselo. Otro ejemplo sería la ahora famosa brecha atlántica, sobre todo entre Estados Unidos y Francia. Los norteamericanos se sienten juzgados e inseguros, temerosos de que la clase educada francesa los trate poco sofisticados y brutales, cosa que odian y que les hace odiar a los franceses. Por otro lado, los franceses temen que los norteamericanos les recuerden que supieron dominar el mundo y que ahora no son más que un pequeño país europeo. Hay una vulnerabilidad de ambas partes que esencialmente también es un tema de búsqueda de respeto” (La Nación, 2005).

Lo interesante en su planteamiento es que las crisis que viven los países suelen estar acompañadas por una paradoja: la ansiedad por el estatus disminuye. Esta ansiedad, dice De Botton, se presenta cuando hay esperanza de dar el salto en materia económica conjugada, a la vez, con el miedo de caer. No se acaba si todos se vuelven ricos, porque la capacidad de competencia es infinita. Pero cuando todos empeoran, todos ya cayeron; y la ansiedad disminuye. Si uno sabe que el vecino no va a volverse millonario mañana, la vida es más relajada, hay otras preocupaciones, es cierto, pero, en ese sentido, es fácil no lamentarse por la suerte del otro.

1. Entrevista realizada a Alain de Botton en *LA NACIÓN*, Buenos Aires, 5 de enero de 2005.